

en su carricoche. El amo de la ferrería hablaba con el viejo notario, sin que su voz ni su semblante demostraran emoción alguna, y pensó Clara que tal vez se había engañado al creer ver en sus ojos un relámpago de ira cuando avanzó hacia el Duque; pero conocía el poder de Felipe sobre sí mismo, y tal vez se dominaba en aquel momento para mostrarse indiferente.

Deseó Clara que estuviera celoso, y aun á riesgo de su vida hubiese querido verle amenazándola con la mano levantada sobre ella, como lo hizo en aquella terrible noche. No queriendo sufrir por más tiempo la incertidumbre, determinó hablarle al día siguiente de la petición de su hermano y conocer al fin el misterioso pensamiento de su marido. Tomada esta resolución, quiso estar alegre y se esforzó por disipar las nubes que velaban su frente. Como actriz que sale á la escena para representar un papel, fingía estar jovial y risueña.

Oíase á lo lejos en la arboleda el ruido de los alegres cazadores, despertando los ecos del bosque la trompa de Pontac, que tocaba la Muerte del Ciervo, encarnado en las desiguales personas del grueso La Breda y del pequeño Tremblays.

XVI.

Trabajaba Felipe en su despacho, cubierta la mesa de papeles, á los que iba echando rápida ojeada y poniendo al pie su firma. Eran las diez, y el ardiente sol caía á plomo sobre la fachada del castillo. Un rayo indiscreto, llegando á la frente del amo de la ferrería, interrumpió su trabajo. Se levantó, y dirigiéndose al balcón miró distraído al jardín.

A orillas del estanque, y á la sombra de una tienda de rayada tela, Susana, vestida de blanco, pescaba sin atender á lo que hacía. El sedal se había hundido, y agitado el corcho por los tirones de un pez cogido al anzuelo, se removía haciendo ondular el agua trasparante. Mirando la joven al espacio, inmóvil y con placentero semblante, parecía preocupada por una idea feliz.

Sonrió Felipe, y abriendo el balcón sin hacer ruido, dijo á la joven:

—¡Susana! ¿No ves que ha picado?

La niña se estremeció, y mirando con graciosa mueca á su hermano, contestó:

—Me has asustado, Felipe.

—Tira, tira,—añadió éste;—hace diez minutos que está cogida al anzuelo la carpa.

y no es bueno hacer sufrir así á los animales.

Levantó Susana la delgada caña, y sacó fuera del agua al pez, como relámpago de plata; lo arrancó del anzuelo, echándolo en una bolsa de red que tenía en la orilla sobre la hierba.

—Ya hay doce,—exclamó vanidosa Susana, enseñando á su hermano la bolsa.

—¡Buena fritada!—contestó alegre Felipe.—Se conoce que los peces tienen empeño en ser cogidos.

Miró un momento á su hermana poner gravemente un gusano rojo en el anzuelo. Bajo el azulado cielo y á la sombra de la tienda, estaba tan fresca y sonrosada que enterneció á Felipe. Exhaló un suspiro, envió á la adorada niña silencioso beso, dejó caer la persiana que le tapaba de los rayos del sol y cerró el balcón. Quedó el despacho en una fresca penumbra: volvió Derblay hacia la mesa, y al ir á sentarse le detuvo un discreto golpecito en la puerta.

—Adelante,—dijo con indiferencia.

Abrióse la puerta y entró Clara ruborizada, muy conmovida, pero resuelta.

—¿No molesto á V.?—preguntó aproximándose; mientras Felipe, sorprendido por la inesperada pregunta, le acercaba cortésmente una butaca.

—De ningún modo.

Y apoyándose en la chimenea, esperó.

Sentada Clara, y apoyando la cabeza en el respaldo, miró alrededor suyo. Nunca entraba en aquella habitación, que era de uso personal de Felipe. La gravedad un poco fría de la estancia, en armonía con el carácter de quien la habitaba, le agradó. No disgustándole que se alargase el momento de empezar la conferencia, entretúvose en examinar uno por uno todos los objetos. Latíale con violencia el corazón, y le apretaban las sienes.

De pie y prevenido la observaba Felipe, y fué el primero en romper el silencio.

—¿Tiene V. algo que pedirme?—preguntó.

Miró Clara á su marido, y con una sombra de tristeza en el acento, contestó:

—Vivimos tan alejados uno de otro que, en efecto, sólo por la necesidad de una petición puedo arriesgarme á molestarle.

Hizo Felipe un ademán negativo por política, é inclinándose hacia su mujer, como para alentarla, dijo:

—Escucho á usted.

Inclinó Clara la frente como si meditase lo que iba á decir. Estaba temblando y con la boca seca, no habiendo tratado nunca asunto tan grave con mayor angustia.

—Lo que tengo que decir á V. es de la mayor importancia, y le interesa tanto como á mí.

—Veamos.

Dirigió Clara á su marido una mirada tan suplicante que debió éste caer de rodillas ante ella, pero continuó circunspecto escuchando.

—Ante todo,—añadió la joven,—dígame usted si le inspira algún interés Octavio.

—No creo—contestó un poco admirado Felipe— que hasta ahora haya tenido el hermano de V. motivo para dudarle.

La contestación era ambigua, y Clara frunció ligeramente el ceño.

—¿Y si tiene V. ocasión de probarle ese interés?...

—Probablemente la aprovecharé.

A este punto quiso traer Clara á su marido con sus cautelosas preguntas. Bastábale ya indicar el objeto de la conferencia, é impulsada por la fiebre de la empeñada lucha, no titubeó.

—Pues bien,—dijo,—se presenta la ocasión. ¿Desea V. conocerla? Debo advertirle que es grave y que, por el momento, sólo se trata de mi hermano...

—¡Cuántos rodeos!—interrumpió Felipe.—¿Tan difícil le parece obtener lo que desea pedirme?

Clara miró á su marido bien de frente como si no quisiera perder el menor movimiento de su fisonomía, y dijo con atrevimiento:

—Júzguelo V.: Octavio ama á vuestra

hermana y me ha encargado que le pida la mano de Susana.

Escapóse á Felipe breve exclamación y se puso sombrío. Para disimular su turbación dió algunos pasos hacia el balcón, delante del cual permaneció silencioso levantando un poco la persiana. A orillas del estanque estaba Susana, inconsciente de lo que pasaba, sumida en sus felices ensueños y sin cuidarse de la caña de pescar que sobrenadaba en las transparentes aguas. Miró el amo de la ferrería aquella cándida y dulce niña formada para ser feliz.

Devorada Clara por la ansiedad, se dirigió hacia su marido, y viéndole pensativo y absorto:

—¿No me responde V.?—dijo.

Volvióse Felipe y contestó lentamente como si sintiera lo que decía:

—Lo siento por vuestro hermano, pero ese matrimonio es imposible.

—¿Se niega V.?—exclamó Clara presa de horrible turbación.

—Sí; me niego,—contestó Felipe con frialdad.

—¿Por qué?

Miró Felipe fijamente á su mujer como si quisiera que su respuesta le llegara al alma.

—Porque ya hay una persona desgraciada en mi familia por causa de la vuestra, y creo que es bastante.

—¡Lleve V. cuidado!—replicó vivamen-

te Clara.—Acaso sea más cierta la desgracia de Susana negándosela á mi hermano.

—¿Por qué?—exclamó Felipe con repentina animación.

—Porque ella le ama.

Oíase en el jardín la voz alegre de Susana, arreglando con ayuda de Brigida los instrumentos de pesca.

Detúvose Felipe un instante para escuchar.

—Ella le ama,—repitió.—Efectivamente, es una gran desgracia, pero no me hace cambiar de resolución. Si el día antes de casarnos me lo hubiese impedido alguno, aunque destrozándome el corazón, me prestara un inmenso servicio. Sirva al menos de algo la cruel experiencia que he hecho. Si mi hermana debe llorar, que llore libre, y no verá como yo ante sí un porvenir irremediabilmente perdido.

El ataque era tan duro, que perdió Clara su sangre fría.

—¿Es la revancha lo que V. busca?—dijo con violencia.

—¿Una revancha?—dijo con altivez Felipe.—¿Cree V. que me conviene aceptar alguna? No. Es una precaución que tomo y que todo me lo aconseja.

Dejóse caer Clara en la butaca. Advirtió en las palabras de su marido tal desdén y tal resolución, que renunció á combatir, pensando sólo en suplicar.

—Veamos,—dijo;—ruego á V. que no me haga responsable de la desdicha de esos chicos... ¡Bastante desgraciada soy ya! ¿Qué debo hacer para que varíe V. de propósito? He agraviado á V. gravemente; lo confieso.

Felipe se echó á reír con amargura.

—¿Que me ha agraviado V.? ¿Y se digna confesarlo? Me parece que concede V. demasiado.

No hizo Clara aprecio de la ironía de estas palabras, decidida como lo estaba á llegar hasta el fin, sin importarle los tropiezos.

—Sí; he causado á V. mucho daño,—replicó,—pero V. me lo hace expiar duramente.

—¿Yo?—interrumpió Felipe.—¿Cóm? ¿Le he dirigido alguna palabra de censura? ¿Le he dicho algo que la ofenda? ¿He faltado á mis compromisos con usted?

—No; pero hubiera preferido vuestra cólera á esa altiva indiferencia con que V. me trata. A mi lado oigo á todo el mundo elogiar mi dicha; en todas partes se me envidia y felicita, y al entrar en nuestra casa ¿dónde está mi felicidad? La busco, y sólo encuentro la soledad, el abandono y la tristeza.

Irguió Felipe su elevada estatura, y dominando á aquella pobre mujer que tan completamente estaba en su poder, dijo:

—No ha dependido de mí que esto suceda. Usted misma decidió de su vida, y la tiene como lo ha querido.

—Es verdad,—contestó Clara con apagada voz;—pero al menos tenía derecho á contar con la tranquilidad, y ni siquiera la he podido conseguir.

Levantóse, y desolada, gimiendo y con las manos crispadas, añadió:

—Esa miserable mujer que me odia, viene á perseguirme hasta aquí, y V. lo sufre y V. se presta á sus maniobras. Ella provoca á V., le compromete, y ni siquiera se compadece V. de mí lo necesario para evitarme sus ultrajantes bravatas... ¡Oh! Me falta ya la paciencia, y esto no puede durar largo tiempo; no quiero que dure.

—¿Que no quiere?—repitió Felipe al ver insistir á Clara con furiosa obstinación.

—No, no; no quiero.

—¿Olvida V.—dijo severamente el amo de la ferrería—que aquí no hay nadie más que yo que tenga derecho á decir «quiero»?

Toda la sangre de la orgullosa joven se le subió á la cabeza, y ciega por la ira, arrebatada por los celos, exclamó:

—¡Cuidado! ¡No me desespere V.! Puedo sufrir su indiferencia, pero un desdén tan insultante, un abandono tan público... eso jamás lo sufriré.

Detúvose Felipe ante ella, y mirándola con burlona curiosidad:

—¡Es V. siempre la misma!—dijo.—No ha cambiado en nada. Siempre orgullosa. Le alarma lo que puedan pensar los demás.

Lo que le preocupa sobre todo es la opinión pública. Por quedar airosa ante el mundo, se lanzó V. en la loca aventura de nuestro casamiento, y exasperada hoy por la idea de que puedan criticarla, burlarse de usted, pierde la calma y llega hasta amenazarme.

—¡Oh! no. No amenazo,—interrumpió Clara sin poder contener sus lágrimas;—suplico. Tenga V. piedad de mí, Felipe. Sea usted generoso... ¿No se cansará V. nunca de herir tan duramente mi corazón? Bien vengado está V. ya, y puede ser indulgente. Si no quiere cambiar las condiciones de nuestra existencia, asegure al menos mi tranquilidad; libreme de la Duquesa... aléjeme del Duque...

Pronunció estas palabras en voz baja, como si temiera que saliesen de sus labios.

—¿De qué se queja V.?—replicó Felipe.—¿No sufro yo á él y á ella? ¡Son los parientes de V.! ¿Qué diría el mundo, ese mundo á cuya opinión todo lo subordina usted, si le cerráramos nuestra puerta sin motivo? Preciso es tener paciencia y sufrir las necesidades de nuestra triste condición. La vida no se cambia ni modifica al capricho de un niño mimado. Todo en ella es grave y serio, y la desgracia llega demasiado fácilmente sin que se la busque. Ya lo sabe V. Nos ha puesto á los dos fuera del sendero trillado, y nuestro deber es seguir

adelante, puesto que no tenemos derecho á desandar lo andado.

—¿De modo—dijo Clara—que nada debo esperar de usted?

—Nada,—contestó fríamente Felipe;—y recuerde V. que es V. quien ha querido que así sea.

Miró Clara á su marido. Las facciones de Felipe estaban alteradas, los ojos hundidos, el color pálido, pero el acento de su voz era tranquilo y resuelto.

Tuvo por un momento la idea de arrojar-se á sus pies, mostrarle su corazón y confesar que le amaba. Anduvo hacia él, alargó las manos, con el pecho oprimido y ahogándose... Pero un resto de orgullo la detuvo: exhaló profundo suspiro, y quedó inmóvil.

Acercóse á ella Felipe.

—Necesito ir á la ferrería,—dijo tan tranquilo como si nada hubiera ocurrido entre él y esta mujer que le adoraba.—Dispense usted que la deje.

—¿Qué debo contestar á mi hermano?—preguntó tímidamente Clara.

—Dígale que cuento con su lealtad para que Susana no sepa mi negativa. De aquí á ocho días me arreglaré de modo que pueda alejar momentáneamente á esa niña.

Y pasando como sombra por el despacho, saludó á Clara con indiferente inclinación de cabeza, y salió.

Permaneció la joven algunos minutos en aquella estancia, entregándose á su dolor sin reserva alguna. Echada en el diván, midió toda la extensión de su desgracia. Era, pues, irrevocable. En vano mostró á Felipe la sangrienta herida de su corazón; apenas la había mirado distraidamente. No existía ella para él; se lo había dicho y cumplía su promesa. Implacable, no quería perdonarle un pasajero extravío de su razón, y cuando se acercaba á él la rechazaba. Se acusó de haber muerto el porvenir de su hermano, porque si Felipe le negaba la mano de Susana era por desconfianza de aquella sangre de los Beaulieu, cuya fatal violencia le había ella demostrado. ¿Cómo le diría tan desconsoladora noticia?

La voz de Susana en la habitación inmediata le hizo ponerse en pie con la rapidez de un gamo que oye los ladridos de la jauría. Temió que la sorprendiesen llorando sola en el despacho de su marido, y corrió á encerrarse en su habitación. A la hora del almuerzo mandó á decir que estaba indispuesta, y no bajó. A cosa de las dos, cuando vió á Susana internarse en las umbrosas alamedas del parque, llegó furtivamente á la escalera, y salió por la puerta pequeña del patio, yendo á pie á Beaulieu.

Impaciente el Marqués por conocer el resultado de la negociación entablada por su hermana, paseaba por la terraza, sabiendo

que la joven no le permitiría dudar mucho tiempo. Vió de lejos á Clara subir por la áspera cuesta que conduce al palacio, y le sorprendió dolorosamente su actitud. Iba la señora Derblay por el talud del camino andando despacio, con la cabeza inclinada y sin taparse del sol, que, de vez en cuando, atravesando con sus rayos las nubes, picaba demasiado. Su aspecto lánguido y desalentado anunciaba el mal éxito. No iba alegre y resuelta como mensajera de buenas noticias.

En un momento llegó el joven junto á Clara, y cruzáronse sus miradas; la del hermano ansiosa y turbada; la de ella desesperada y sombría.

—¿Qué ocurre, Dios mío!—murmuró Octavio, cogiendo convulso á Clara por el brazo y casi arrastrándola hacia una plazoleta rodeada de bancos, desde la cual la vista era admirable.

El olor exquisito de los tilos en flor llegó hasta Clara, concluyendo de enervarla, y con los ojos llenos de lágrimas permaneció ante su hermano sin pronunciar palabra.

—¡Por favor, Clara!—añadió el Marqués; —¿qué ocurre? Todo es preferible á tu silencio.

Apiadada la señora Derblay de la ansiedad de su hermano, dijo con penoso esfuerzo:

—Traigo, mi querido Octavio, triste res-

puesta á la petición de que me habías encargado. El matrimonio entre Susana y tú es imposible.

Retrocedió Octavio un paso, como si á sus pies se abriera un abismo. Miró á su hermana con ojos extraviados, y no comprendiendo bien, repitió:

—¡Imposible!... ¿por qué?

Clara, abatida, movió la cabeza.

—Felipe se niega.

—¿Y en qué motivos funda su negativa?—preguntó el Marqués.

Quedó Clara muda, y su embarazo fué extremo. ¿Qué respondería á su hermano? ¿Podía revelarle el secreto de su dolorosa existencia? ¿Qué pretexto inventar para que la negativa de Felipe pareciese razonada? Preciso era responder sin titubear, porque Octavio la miraba buscando la verdad en su semblante, en sus menores gestos.

—No ha dicho los motivos,—balbuceó Clara, roja de vergüenza.—Se ha negado á explicarse.

—¿Sin motivo?—dijo el Marqués muy admirado.—¿Sin explicación? ¿Y Felipe, á quien tanto amo, no ha titubeado en causarme este dolor?

Conmovido Octavio, se enjugó vivamente los ojos, y sentándose silencioso, buscó desesperado en su imaginación cuál sería la causa que Felipe no había querido decir. De pronto exhaló un grito, creyendo que la

había adivinado. ¡El dinero!... No podía ser más que el dinero. Carecía de fortuna y de posición, y seguramente por esta causa le negaba Felipe á Susana. Se levantó de pronto.

Clara le miró con inquietud; dió el Marqués algunos pasos hablando alto sin advertirlo, lleno de confianza y entusiasmo.

—No tengo posición, es cierto; pero yo me formaré una. No tengo fortuna... Felipe sabe cómo se adquiere, y yo haré lo mismo que él.

Detúvose estupefacto, casi espantado. Clara, en pie, le cogía con fuerza una mano. Sólo una frase de las pronunciadas por su hermano llamó su atención. ¡No tengo fortuna! Estas palabras la produjeron turbación inexplicable, y olvidando sus preocupaciones, sus cuidados, sus dolores, quiso con toda la fuerza de su alma que Octavio se las explicase.

—¡Sin fortuna tú!—repitió.

Con ademán imperioso, casi amenazador, reclamaba una respuesta. Confuso y apurado Octavio, procuró evitarla; pero Clara, con terrible violencia, sospechando un misterio que á toda costa quería descubrir, le cogió por los hombros, y devorándole con los ojos, le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—He pronunciado imprudentemente—respondió Octavio—palabras que no debías

oir. Ignoras la pérdida de nuestro pleito, y debías ignorarla siempre... Necio de mí, que he descubierto el secreto que había prometido guardar.

Sin escuchar ya al Marqués meditaba Clara. El pleito perdido era su ruina. Si su hermano no tenía fortuna, ella no tenía dote. Horrible duda la hizo estremecer, y agrandándosele los ojos, preguntó á Octavio.

—¿Cuándo me casé?...

No dijo más, y con un gesto acabó la frase.

—El desastre era ya un hecho.

—¿Y mi marido... Felipe? ¿lo sabía?

—Sí, pero prohibió que te lo dijéramos para evitarte el disgusto. En aquella circunstancia demostró una generosidad y una delicadeza admirables.

Exhaló Clara un grito, y moviendo las manos como loca, dijo con entrecortada voz:

—¡El hizo eso! ¡Y yo!... ¡Yo! ¡Oh! ¡Cuán desgraciada soy!

Acudió á su imaginación la estancia de los grandes tapices, en que los guerreros sonríen silenciosamente á las diosas, tal y como estaba la noche de su casamiento, con el fuego encendido en la chimenea donde se apoyó estremecida. Vió de nuevo á Felipe pálido y trémulo casi á sus pies, levantando después orgulloso la frente cuando le dijo: «Tome V. mi fortuna...» ¡Su fortuna! ¡Con qué desdén sonrió entonces! Comprendía

ahora por qué, y desesperada sintió que la verdad desconsoladora y humillante le acudía á los labios. Necesitaba hablar, acusarse, y fuera de sí, tuvo furioso deseo de pegarse para castigar su carne, ya que no podía castigar su alma.

—¡Oh! ¡Mentía al decirte que no sabía por qué te negaba á su hermana!—balbuceó.—Es por culpa mía, criatura indigna que causa la desgracia de todo lo que se le acerca.

Sin poderse contener confesó á Octavio su triste situación, no atenuando nada, acentuando sus errores y mostrando todo lo horrible del acto que ejecutó.

—¡Y él,—añadió,—tan noble, tan desinteresado, tan bueno que hasta en el arrebató de su cólera no me humilló, cuando pudo hacerlo con solo una palabra! Le he oído suplicarme, le he visto llorar, y me quedé insensible, sin comprender el profundo y sincero amor de su corazón.

Transfigurada por el dolor y radiante de pasión, añadió:

—Pero si no llegas á hablar, desgraciado, mi vida está perdida para siempre. ¿Qué hubiera sido de mí? Por casualidad me lo has dicho todo. ¡Oh, bendito seas!

Y estrechó á su hermano en los brazos besándole con entusiasta agradecimiento. Las palabras, como torrente largo tiempo contenido, brotaban abundantes de sus labios.

—Clara, por favor, tranquilízate,—dijo Octavio asustado.

—No temas, todo se ha salvado,—contestó con exaltación.—Repararé el mal que he hecho y aseguraré tu dicha... ¡Felipe! ¡Oh! ¡Me arrojaré á sus pies! Todo me será fácil y dulce para vencer su rigor... Hoy he estado con él poco hábil, pero no era dueña de mí. ¡Le amo tanto!

Pasó por su rostro una nube. El recuerdo alarmante de la Duquesa acudió á su imaginación. Frunció el ceño y con apagada voz, dijo:

—¡Oh! No quiero que me le quiten ahora. Necesito que sea mío, ó moriré.

—¡Clara!—exclamó el Marqués.

Pero con extraordinaria movilidad pasó de la tristeza á la alegría, y se serenó su semblante.

—No temas,—replicó riendo alegremente.—Mañana recibimos; son mis días. Allí estarán todos nuestros amigos... Quiero estar bella y agradarle... Triunfaré, estoy segura, y le veré de nuevo junto á mí tranquilo y confiado...

La excitación de los nervios que la sostenía cesó, y vacilando cayó en los brazos de Octavio, que la llevó sobre un banco de césped. Desgarradores suspiros agitaron su pecho, y durante largo tiempo permaneció agobiada por las penas, escuchando sin contestar los afectuosos consuelos de su hermano.

Cuando se repuso permaneció grave, sentada junto al Marqués, mirando el valle extendiéndose á su vista verde y silencioso, atravesado por el Avesnes que corría en los prados como cinta de plata. Extendía el parque hasta el pie de las colinas las sombrías masas de sus grandes árboles, que dominaba con sus agudos techos el castillo. Las altas chimeneas de la ferrería arrojaban al cielo espesa humareda, y la torre de la pequeña iglesia sobresalía con la veleta en forma de gallo, que hacían brillar los oblicuos rayos del sol poniente.

En aquel tranquilo rincón soñaba Clara vivir, recordando que otras veces, desde aquel mismo sitio, lo había mirado con desdén y cólera. Ahora representaba para ella el paraíso, porque allí estaba Felipe.

XVII.

El día de Santa Clara caía aquel año en domingo, y felizmente Santa Susana era la víspera. Felipe, que desde el naufragio de su dicha subordinaba todas sus acciones á las necesidades de su posición, creyó inevitable celebrar este doble aniversario. Desde que se casó no había tenido ninguna recepción. La enfermedad de Clara duró todo el

invierno, y la convalecencia se prolongó bastante en la primavera, para que aun á los ojos más suspicaces pareciera natural que el amo de la ferrería tuviese cerrada su casa.

La agitación moral de Clara, que en diferentes ocasiones se había puesto de manifiesto, obligó á Felipe á demostrar públicamente el cariño á su mujer, dando una fiesta en su honor. Diez días hacía ya que habían circulado las invitaciones, cuando la tentativa de reconciliación hecha por la joven convirtió en estado agudo el crónico de la dolorosa situación en que vivían.

Desanimado Felipe, pensó un momento en renunciar á la fiesta; pero estaban en la víspera del día elegido y contó con la energía de Clara, sabiendo que por orgullo era capaz de poner cara risueña á toda la concurrencia. Con dolorido corazón, descontento de sí y de los demás, el amo de la ferrería se preparó por su parte á hacer gallantemente los honores de Pont-Avesnes.

Encerrada desde por la mañana con la Baronesa en su habitación, se preparaba Clara á la lucha. Quería agradar, y permaneció tendida, á media luz, descansando para recobrar los colores. Cuidábase como una cortesana que quiere hacer la conquista de un Nabab, no descuidando ninguno de los artificios del tocado, y realzando con el traje su incomparable belleza.